

LIBROS

«La reacción teme, el progreso espera»

A poco que uno tenga tendencia a leer la crónica de los acontecimientos pasados desde ese nostálgico universo de los posibles, que Leibniz frecuentó, la Historia de España durante los últimos seiscientos años, se nos presenta como una vasta posibilidad desaprovechada. Esta sensación se acentúa cuando consideramos el pasado y el presente siglo, pues la proximidad histórica nos permite percibir mejor lo cerca que estuvieron las cosas de ser de otra manera y paladear el amargo sabor de las esperanzas frustradas de los derrotados. No sé —ni creo que nadie sepa— si la desdicha es necesariamente inseparable del acontecer de la sociedad humana o puede ser erradicada de la Historia por los esfuerzos de los hombres; constato en favor de la primera hipótesis que nunca hubo país ni época plenamente feliz; anoto en pro de la segunda, que jamás se dieron hombres plenamente resignados. Durante todo el siglo XIX abundaron los españoles de calidad, que opusieron a la irremediable caterva de acontecimientos desventurados para el logro de una convivencia justa y libre, la valerosa memoria de que muy otra cosa era lo deseable y que esa otra cosa debía llegar a ser posible. Ingrata con sus hijos, la falacia del progreso, tan venerada por muchos de ellos, los ha sepultado en el olvido o la irrisión: si la Humanidad avanza lenta, pero segura, hacia la realización de sus anhelos, es dogma que la Historia ya expresó lo más

valioso de los triturados por su carro, y del resto de sus sueños lo único que puede decirse es que «no cumplían las condiciones o b j e t i v a s para realizarse... Es muy de agradecer que hoy, cuando ya la concepción dogmática del historicismo provoca serias dudas, se recuperen algunas de aquellas obras que el acontecer efectivo desdeñó, pero en las que reconocemos nuestra protesta y lo antiguo de nuestras ambiciones. Entre ellas, *El futuro Madrid*, de Angel Fernández de los Ríos, que ahora se nos presenta en cuidada edición facsimilar de la segunda de la obra, de 1868 (1).

De la vida agitada y fecunda, pese a su brevedad, de Angel Fernández de los Ríos nada puede decirse que nos sea ajeno. Su infancia coincidió con la llamada «década ominosa», después de que los Cien Mil Hijos de... San Luis sometieran el país al absolutismo del nefasto Fernando VII. Goya murió exiliado en Burdeos. El niño vive la alarma de «las visitas domiciliarias hechas por los apostólicos», su padre ha sido herido y su tío sufre persecución. Su juventud y madurez coinciden con el valleinclanesco y corrupto gobierno de Isabel II, los espadones que van y vienen, la Vicarada, O'Donnell... En vísperas de la «Gloriosa» de 1868, Fernández de los Ríos define así la situación política del país: «La reacción teme, el progreso espera; este es el estado actual». Frase que podría convertirse en el «ritornello» de la Historia contemporánea de España. Después vino la Revolución, los entusiasmos que despertó, las frustraciones de los más lúcidos ante sus limitaciones, la búsqueda de un Rey conveniente para España, el fracaso de Don Amadeo, la República y el triunfo de nuevo de la reacción: la Restauración. Angel Fernández de los Ríos

participó enérgicamente en la cosa pública en favor de su concepción política liberal: como periodista, como urbanista, como diplomático especial y, cuando hizo falta, en las barricadas. Fundó el influyente diario «Las Novedades», que duró dieciocho años y renovó el periodismo español; también fundó «La Soberanía Nacional» y «Los Sucesos», este último, pionero de la información gráfica en España. Cuando apareció *El futuro Madrid*, en 1868, el Ayuntamiento revolucionario de Madrid encarga a Fernández de los Ríos que materialice sus propuestas desde una concepción municipal. A ello se entregó don Angel con entusiasmo, aunque la tarea hubiese requerido mucho más tiempo y mucho más poder del que él dispuso. Sus posiciones radicales, mantenidas con honradez hasta el final de su vida, le valieron el destierro bajo Cánovas, murió en el exilio, en París, a los cincuenta y nueve años, trabajando incansablemente con la pluma para subsistir. Como tantos grandes españoles de ayer y de hoy,

El futuro Madrid lleva como subtítulo: «Paseos mentales por la capital de España». A lo largo de estos paseos, Fernández de los Ríos va esbozando la perspectiva del Madrid que pudo ser. La obra podría leerse como una dura crítica contra el arquitecto Carlos de Castro, al que en 1860 se le había encargado el ensanche de Madrid; a diferencia de Idefonso Cerdá, que por las mismas fechas realizó el de Barcelona, Castro no acertó con la visión renovadora que la ciudad necesitaba. Pero el libro de Fernández de los Ríos va mucho más lejos: la mayoría de los problemas que plantea —aglomeraciones, transportes públicos, zonas ajardinadas, viviendas populares...— siguen siendo hoy acuciantes. Fernández de los Ríos no ve en la necesidad de las grandes ciudades una fatalidad, sino una revolución preñada de nuevas posibilidades de convivencia. En sus páginas vibra la extraña poesía de las capitales tumultuosas, con sus mitos y su abigarramiento legendario, con el sordo horror multi-

plicado de sus habitantes y el zumbido inquietante de sus ilusiones. A esta poesía fueron sensibles Sué, Baudelaire y, en nuestro siglo, Walter Benjamin. El Madrid de Fernández de los Ríos no es sólo una ciudad distinta: es también una forma distinta de compartir la vida. Sería demasiado cruel compararlo con el Madrid actual, que además de ser la capital más fea de Europa, es también la más desesperanzada... y no sólo en un sentido urbanístico.

La edición y prólogo de este libro han estado a cargo de Antonio Bonet Correa, catedrático de Historia del Arte de la Universidad Complutense y uno de los profesores más internacionalmente reputados de este país. Cuando escribo estas líneas, Antonio Bonet espera en la cárcel de Carabanchel que se reúna el efectivo para pagar la multa gubernativa de doscientas cincuenta mil pesetas que le fue impuesta por asistir a una reunión de numerarios, no numerarios y alumnos en la Facultad de Derecho. Allí estará meditando,

como todos lo hacemos a veces, sobre el futuro Madrid y la futura España, recordando todos los sueños rotos, todas las utopías derribadas. ■ FERNANDO SAvATER.

Hacia una sociología del poder

Aun a pesar de que últimamente nos encontramos en el mercado con algo tan insólito como comercial, como es un libro denominado *Sociología del franquismo*, cuya quiromántica aparición podía hacer aparecer que en el campo del análisis sociológico del poder político habíamos llegado al no va más, lo cierto es que la disección de esas parcelas de la realidad social desde ese ángulo todavía no nos encontramos algo más que los estudios de Juan Linz, fragmentariamente conocidos en España y sólo a determinado nivel. La carencia es explicable, pues el tema, si no es tabú, si al menos es un terreno resbaladizo, sinuoso y con fronteras herméticas; además, y por otro lado, faltaba el cuerpo de profesionales que pudiera y a la vez quisiera acometer esta tarea.

Un acercamiento al intento de querer colmar esta falta, quizá se pueda encontrar en el estudio llevado a cabo por Joan Marsal (1) por medio del estudio comparativo de tres realidades sociales bastante bien recogidas y que muestran entre sí una serie de puntos comunes o de elementos diferenciales que hacen atrayente y fructífera la comparación: Argentina, México y, por último, nuestra bien amada y nunca bien ponderada España.

Si el sujeto sobre que se ha realizado el análisis sociológico han sido esos tres países, el objeto es el de estudiar cuáles eran las actitudes de los intelectuales de esos mismos países respecto al poder. La



(1) A. Fernández de los Ríos, *El futuro Madrid*. Prólogo de Antonio Bonet Correa. Los Libros de la Frontera. Barcelona, 1975.

(1) La sombra del poder. Editorial Cuadernos para el Diálogo. 280 páginas.

metodología seguida a tal fin ha utilizado toda la gama posible de instrumentos, tanto desde las técnicas cuantitativas clásicas, hasta una a veces aventurada intuición o el relato de simples observaciones subjetivas.

La parte correspondiente a la Argentina es una buena fuente de aproximación a la problemática política de ese país, que, a pesar de la importancia cualitativa y cuantitativa de lo que allí sucede, en España es prácticamente desconocido. Esta obra y partes de otra de este mismo autor —**Revoluciones y contrarrevoluciones** (2)— constituyen el material más valioso, dentro de su brevedad, para conocer el fenómeno del peronismo, enfocado tanto desde el ángulo y el momento histórico puramente peronista, como desde las posiciones y los momentos poco propicios al movimiento que personificara Juan Domingo Perón.

Los capítulos referentes a México, en los que se analiza tanto el PRI como el proceso que desembocaría en la masacre de Tlatelolco, es quizá la parte que se nos antoja más objetiva. El autor español —concretamente catalán por nacimiento y argentino por dedicación profesional— se le percibe más impactado por los fenómenos de sus dos patrias que por los de México, que analiza más por fuentes secundarias que por observaciones directas.

En lo que respecta a España, que para los españoles, por mucho que nos interesen los otros casos, es el plato fuerte de la obra, su valor es el que señalaba al iniciar este comentario. Aquí se le puede hacer una objeción: la óptica es acentuadamente catalana y catalanista. Naturalmente,

(2) Ediciones Peninsulares. Consiste en una serie de escritos referentes a los procesos políticos de Argentina, Chile, algo de Portugal, unas impresiones de USA y el relato de algunas vivencias personales, con el broche de unas agudas reflexiones sobre la sociología y los sociólogos.

al autor, Cataluña es lo que más le interesa y preocupa, pero ello le lleva a ofuscarse un poco y a acogerse a tópicos un tanto típicos. ■ **JUAN MAESTRE ALFONSO.**

Una aproximación biológico-histórica a don Pedro el Cruel

Mediado el siglo XIV, Castilla estaba hundida en la inflación a consecuencia, entre otros motivos, de la gran peste de 1348. Una de las medidas que el rey don Pedro I, entonces en el poder, toma para combatirla es una reforma monetaria y la creación de una moneda nueva: el real de plata, que ha resistido durante siglos para venir a morir casi en nuestra época, quedando así como la más duradera de las monedas españolas.

Sin embargo, la leyenda negra de su creador —llamado El Cruel— le ha superado en duración. La figura de este extraño rey, llena de interesantes claroscuros, es todavía objeto de controversias, aunque éstas suelen inclinarse por el lado más negro. La última aportación a su esclarecimiento es un largo y documentado estudio histórico-biológico del doctor Gonzalo Moya, nacido en 1931, neurólogo, discípulo de Marañón y Lafora, becario en la Salpêtrière y en Amberes, donde estuvo junto al profesor Van Bogaert.

Moya plantea su obra (1) considerando al rey don Pedro como enfermo y como gobernante. Para establecer un diagnóstico retrospectivo se ha basado en diversas versiones de los contemporáneos del monarca castellano, en el análisis de su conducta a través de los hechos en que intervino, en la opinión de los historiadores y, por úl-

(1) Gonzalo Moya, **Don Pedro el Cruel**, Ediciones Júcar, La Vela Latina: Historia, Madrid, 1975. 358 páginas.

timo, pero no en último lugar, en el cuidadoso estudio de sus restos, exhumados a iniciativa suya en la Capilla Real de la catedral hispalense. El doctor Moya afirma que el Rey don Pedro fue un parálitico cerebral infantil, y señala entre los rasgos más distintivos de su personalidad la impulsividad, la inestabilidad emocional, la abulia, etcétera. «Esta mezcla inexplicable de impulsividad, inestabilidad emocional, violencia, indiferencia y abulia no es propia de un individuo normal. Por ello, creemos que habría que llamar a Pedro I el loco y no el cruel; merece el primer epíteto con más justicia todavía que el segundo, y desde luego con más razón que la pobre doña Juana, la hija de los Reyes Católicos...». Así, pues, esta enfermedad mental podría servir de explicación a los numerosos crímenes y crueldades que cometió o hizo cometer. Tanto o más que el ambiente de la época, que unía a la general violencia latente o explícita de aquellos siglos la particular generada por unos años catalogados entre los más duros por los que ha pasado la historia europea.

Aparte de estos pormenores (tan mayores, desde luego) biológico-clínicos, Moya sitúa al personaje en su tiempo, agitado por la guerra de los Cien Años, en la que don Pedro tomó el partido inglés. Era tal vez el más conveniente de cara a una economía lanera, que sin una escuadra fuerte podía quedar a merced de la marina de guerra inglesa en el tráfico mercantil con los flamencos. Su hermanoastro y competidor, Enrique, se alió a los franceses, que, a la postre, le darían el trono. Ambos representan opciones políticas opuestas: Pedro es un antecesor de la monarquía absoluta y protegió a la naciente burguesía frente a la nobleza más o menos feudal. Enrique atacó a la primera (y a los judíos, incardinados en ella) y concedió las mercedes

que le apellidaron a los nobles que fueron su sostén en la cruenta guerra civil. ¿Frustró la derrota de Pedro la consolidación de una posible clase media española? Moya así lo sostiene.

Mala fue la suerte histórica del rey Pedro. Ninguno de sus sucesores quiso llevar su nombre. Y no pocos historiadores han parecido cebarse en sus indudables crímenes, recordándolos con detalle riguroso. Su imagen literaria, a la que Moya dedica buena parte de este libro, no ha sido tan severa y ha gozado en algunos casos de la simpatía como en otros de la condena. Esta, entre los que siguieron el testimonio de los cronistas cortesanos del vencedor de la lucha; aquélla, por los que siguieron a todos los que vieron en don Pedro una cierta esperanza para salir de su situación: «La verdad clandestina de los vencidos —dice el autor— es más fiel a la realidad histórica que la verdad desafiante de los vencedores». ¿Por quién de ellos se inclina Moya? Aunque hace profesión de objetividad y la busca, el libro parece destilar una perceptible y creciente simpatía por el rey muerto, según él, no en Montiel, sino en Puebla de Alcocer.

Es quizá una simpatía fruto del conocimiento y también un explicable afán compensatorio y reivindicativo ante el juicio de la historia oficial. Hay además un ladearse hacia el partido del uno frente al otro, partidos que se dan en el texto con las necesarias matizaciones para no caer en toscas dicotomías. Y por eso concluirá su estudio así: «Las causas profundas que los hicieron brotar han seguido vigentes durante muchos siglos, al no haber sido resueltos la mayoría de los problemas sociales y políticos planteados en Castilla a mediados del siglo XIV. El viento del pueblo los ha hecho llegar hasta nosotros». ■ **VÍCTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

Reivindicar a Lukács

Como todo el mundo sabe —o puede averiguar fácilmente por cualquier enciclopedia—, la existencia de Georg Lukács se desarrolla entre 1885 y 1971. Son ochenta y seis años y pocos meses de historia contemporánea jalónados por un sinnúmero de acontecimientos: conflictos imperialistas, innumerables enfrentamientos civiles, dos guerras mundiales y, sobre todo, una gran revolución, en el país donde los teóricos marxistas menos se lo esperaban, que llevaría, en el transcurso de las décadas siguientes, a una transformación radical de las estructuras socio-económicas de medio mundo. La trayectoria vital de Lukács se instala en el corazón mismo de ese proceso histórico —de una aceleración sin precedentes—, y su obra refleja prácticamente todos los grandes debates políticos y culturales que se suceden a lo largo del siglo.

El descubrimiento que se hace de Lukács aquí, en España, por parte sobre todo de la crítica de izquierdas en los últimos años cincuenta y primeros de los sesenta, constituye un auténtico acontecimiento. Durante esos años de fervor lukacsiano es imposible leer una reseña de un crítico que se precie de estar al día sin encontrarse con una referencia a «El asalto a la razón» o a «La teoría de la novela». Alguien, no sé si fue Rídruejo, haciendo chacota de aquel fenómeno, habló de «el Evangelio según San Lukács». Desde entonces, sin embargo, ha llovido mucho en este país nuestro, siempre tan atento a las modas y a lo «moderno» —no en vano tienen ambas palabras idéntica raíz— y habla hoy de «idealismo abstracto», de «romanticismo de la desilusión» o de «realismo crítico» se exponer a alguna que otra sonrisa burlona. Hoy corren vientos de Blanchot, de Barthes, de Derrida, y hay que hablar de «indicios», de

«funciones» de «actantes» de «unidades narrativas» si es que se quiere estar a la page.

Bien es cierto que han perdido vigencia las diatribas del viejo Lukács contra los que él consideraba como los representantes en literatura del decadentismo burgués. A casi nadie se le ocurre ya poner en duda los valores artísticos de obras como el «Ulises», «Manhattan Transfer» o «La colonia penitenciaria». O atacar a Beckett para ensalzar a Soljenitsyn. (Aunque haya, sin embargo, algunos obtinados.)

No obstante, una cosa es no aceptar ciertas tesis dogmáticas de Lukács por muy central que sea el lugar que ocupan dentro de su monumental obra estética, y otra muy distinta, descartar como totalmente superado un pensamiento de una riqueza de análisis y una penetración difícilmente igualables. Ahí están, entre otros, los trabajos, ya clásicos, de un Goldmann para demostrar lo fecundos que pueden resultar el estudio y desarrollo del pensamiento lukacsiano.

Todas estas consideraciones vienen a cuento de la publicación por Alianza de un tomito dedicado al gran pensador húngaro (1). El autor de esta monografía, Fritz J. Raddatz, nos ofrece a lo largo de 128 páginas, a las que hay que añadir 21 de exhaustiva y esencial bibliografía (es sorprendente todo lo que se ha escrito en el mundo sobre Lukács) un testimonio tremebante vivo de su larga trayectoria intelectual y política desde los años de aprendizaje en Budapest, Berlín y Heidelberg, junto a figuras de la talla de Max Weber, Emil Lask y Simmel.

Mediante la hábil intercalación de citas textuales de Lukács y de otros coetáneos —amigos o rivales—, así como de diversos comentaristas de su obra, Raddatz va trazando para el lector el marco cambiante en que se desenvuelve la personalidad del húngaro.

(1) Fritz J. Raddatz, **Georg Lukács**. Traductor: José Francisco Ivars.